

944
Ch.

0.50

L. R. Cámara
Méjico.

LAS REVOLUCIONES

ANTIGUAS

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND

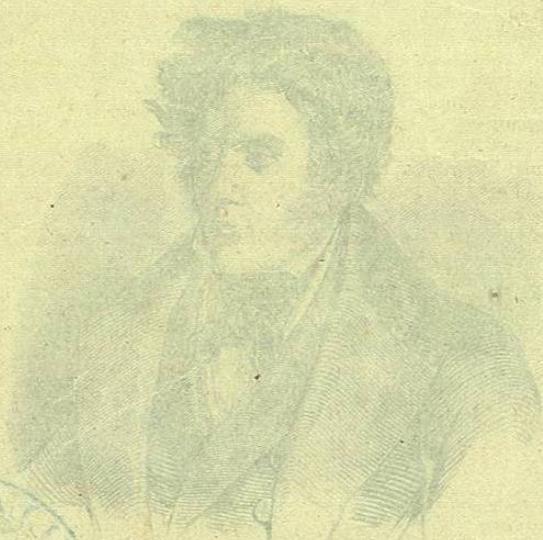
POR D. FRANCISCO MADRUGA

D 21

.3

Ch3

1854



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
86131
12021

ADVERTENCIA.

(Para la edicion de 1826).

PROMETÍ reimprimir el *Ensayo* sin alterar una palabra y lo he cumplido tan escrupulosamente que no he querido corregir las faltas de lenguaje, ni he hecho desaparecer los helenismos, anglicismos, ni latinismos de que la obra está llena. Pidiéronme que la publicara; y lo doy al público con todos sus defectos. En los números romanos de la fecha de la edicion de Londres se cometió un descuido; ni aun eso he querido enmendar, y me he contentado con advertirlo al lector.

No he publicado el *Ensayo histórico* mas que una sola vez, imprimiéndolo en el establecimiento de Baylis, Londres, 1796 y vendiéndolo en casa de Boffe 1797. El título y el epigrafe eran exactamente los mismos que en la presente edicion. El *Ensayo* componia entonces un solo tomo de 681 páginas en 8.º grande sin contar la portada, el prólogo, el índice, ni la fe de erratas; mas en realidad, como ya lo he indicado en el prólogo de la edicion antigua, podia decirse que eran dos tomos reunidos en un cuerpo. Al presente me he visto obligado á dividir esa enorme produccion, porque con las notas críticas (1), y el nuevo

prólogo se habria formado un tomo mas de 800 páginas. No atendiendo á mas intereses que los de mi amor propio, habria preferido publicar el *Ensayo* en un solo tomo, y sufrir de una vez mi sentencia, á no tenerme que ver amarrado por dos veces al carro triunfal de los que jamás han cometido errores; pero nunca será bastante lo que yo sufra por haber escrito el *Ensayo*.

Esta obra ha sido reimpressa, en Alemania é Inglaterra: La falsificacion inglesa no es mas que un compendio hecho sin duda con buena intencion, pues tuvieron cuidado de suprimir todo lo que hay mas digno de critica en el *Ensayo*, y la falsificacion alemana es enteramente una copia de la inglesa. Sabido es que semejantes omisiones nunca redundan en provecho del autor: de ellas podria decirse recordando ciertas palabras de Tácito, que en los funerales de un mal libro se hacen visibles los pasajes suprimidos por la sola razon de ser echados de menos. No existe pues completa esta obra sino en la edicion que hize de ella por primera vez en Londres y en la que público actualmente.

PREFACIO

(Edicion de 1826).

Eh aquí la obra que desde hace ya mucho tiempo habia prometido reimprimir: no han faltado personas

caritativas que contemplaron esta promesa como un medio de ganar tiempo é imponer silencio á mis enemigos, pues, segun ellas decian, no me hallaba anteriormente decidido á no cumplir nunca semejante palabra. Antes de formar juicio de esta obra, principiaremos dando alguna noticia histórica acerca de ella.

(1) Estas notas se distinguiran de las antiguas por las iniciales N. ED. (NUEVA EDICION): las notas antiguas estan indicadas por medio de números, y las nuevas por medio de letras, y por último, las notas de las notas se distinguen por un asterisco.

Yo habia atravesado el Atlántico con la intencion de emprender un viaje por el interior del Canadá para

descubrir si era posible el paso al Noroeste del continente americano. En medio de mis correrías supe por una casualidad la fuga de Luis XVI, su arresto en Varennes, y la retirada al otro lado del Meuse, del Moselle y del Rin de casi todo el cuerpo de oficiales de infantería y caballería del ejército francés.

Luis XVI no era ya más que un prisionero en poder de una facción y el estandarte de la monarquía había sido llevado por los príncipes al otro lado de la frontera. No aprobaba yo la emigración intentada por el monarca, pero me creí obligado por el honor á participar de su imprudencia, mayormente cuando ella me ofrecía el incentivo del peligro. Pensé que llevando el uniforme francés no debía estarme paseando por los bosques del Nuevo-Mundo, cuando mis compañeros iban á batirse.

Desistí pues de mis proyectos en América, regresé á Francia, emigré con mi hermano y serví en la campaña de 1792.

Habiéndome sido atacado de la disenteria conocida en aquella época con el nombre de *anfermedad de los Prusianos*, complicada con unas horribles viruelas, fui abandonado por muerto en una retirada y me dejaron en un foso. Ciertos hombres pertenecientes á la servidumbre del príncipe de Ligne notaron que todavía daba algunas señales de vida y me colocaron en un furgon. Al llegar bajo las murallas de Namur tuve que echar pié á tierra y atravesé la ciudad teniendo materialmente que sostenerme con las manos en las paredes de las casas. Habiendo podido colocarme en otros furgones me encontré en Bruselas con mi hermano que regresaba á Francia para subir al cadalso. A penas se atrevía nadie á curarme una herida que tenía en el muslo, temiendo contagiarse con mi duplicada enfermedad.

Sin embargo aun en aquella situación quería yo pasar á Jersey para poderme reunir con los realistas de la Bretaña. Con un poco de dinero que pude tomar prestado me hice transportar á Ostende y me encontré con muchos paisanos y camaradas míos que tenían las mismas intenciones que yo. Fletamos una barquichuela para Jersey, y amontonados unos sobre otros bajo cubierta emprendimos el viaje. El calor, la falta de aire que había en el reducido espacio en que íbamos metidos y el movimiento del barco acabaron de agotar mis fuerzas: el viento y la marea, nos obligaron á desembarcar en Guernesey.

Creyéndome muy próximo á exhalar el último suspiro, me dejaron sentado contra una pared con la cara vuelta al sol. La mujer de un marinero que pasaba casualmente por aquel sitio se compadeció de mí y llamó á su marido, que ayudado de otros dos ó tres marineros ingleses me transportó á casa de un pescador, donde me metieron en una buena cama: á este acto de caridad debo probablemente la vida. Al día siguiente me volvieron á embarcar en el *sloop* de Ostende. Cuando anclamos en Jersey, yo me hallaba en un completo delirio, y fui recogido por mi tío materno el conde de Bedée y permanecí muchos días entre la vida y la muerte.

Creyéndome ya con fuerzas suficientes para tomar las armas al llegar la primavera de 1793, pasé á Inglaterra, esperando poder dirigirme desde allí á donde estuvieran los príncipes; pero mi salud en lugar de restablecerse, fue cada vez á menos: el pecho se afectó, y la respiración se hizo penosa. Según el parecer de hábiles facultativos yo estaba condenado á pasar algunos meses tal vez uno ó dos años en esta angustiosa situación, absteniéndome por supuesto de toda fatiga y renunciando á la esperanza de una larga vida.

¿En qué había yo de emplear aquel tiempo de gracia que me concedían? Viéndome imposibilitado de poder defender á mi rey con la espada traté de serle útil con la pluma. Entiéndase, pues, que cuando yo escribí el *Ensayo histórico* me hallaba bajo el peso

de una sentencia de muerte, y por decirlo así entre el período de la sentencia y la ejecución. Como si no bastara la angustia de semejante estado, todavía tenía que luchar contra el infortunio de la emigración. Todo el día tenía que estar trabajando en traducir, y aun así no podía procurarme la subsistencia: en el primer prólogo de la *Atala* puede verse lo mucho, que en este particular he sufrido. Por lo demás no dejaban esos sacrificios de llevar consigo mismo la recompensa: yo cumplía con los deberes de lealtad hácia mi soberano, y me reputaba por tanto más dichoso, cuanto menos ilusiones me hacía (como puede verse en la obra) por lo tocante á las faltas del partido á que me había consagrado.

Estos detalles históricos eran necesarios para explicar un pasaje de la *Noticia* que figura al frente del *Ensayo* y otro pasaje del texto de la misma obra que dice: «Viéndome atacado de una enfermedad que me deja pocas esperanzas de vida, veo con serenidad los objetos que me rodean: El viajero que se halla á pocas jornadas de la tumba no puede menos de empezar á sentir el aire tranquilo que en ella se goza. Tengo que dar necesariamente noticia de estos detalles personales para que se me perdone el tono de misantropía que domina en el *Ensayo*, y para que el lector no extrañe la amargura de ciertas reflexiones. Un escritor que creía estar ya tocando el término de la vida, y que en medio de las penalidades de su destierro, no tenía otra cosa para escribir que la lápida del sepulcro, no podía ver el mundo bajo un aspecto risueño. Bien merece, pues, perdón si alguna vez se abandonó á las preocupaciones de la desgracia, porque esta suele tal vez comer injusticias, así como la fortuna suele acompañarse de egoísmo é ingratitudes. Muchas faltas podrá perdonarme el lector imparcial si se coloca, cual debe, en la situación que me hallaba al escribir el *Ensayo*».

Esta obra tan poco divulgada en Francia no pasó enteramente desapercibida en Inglaterra y Alemania, y aun se trató de traducirla en ambos países como lo he dicho ya en la *Advertencia*. Principiáronse efectivamente esas traducciones, pero no llegaron á publicarse. El librero Boffe, editor del *Ensayo* en Inglaterra trató de dar una edición en Francia; pero las circunstancias del tiempo hicieron abortar el proyecto. Algunos ejemplares de la edición de Londres circularon en París, por haberlos yo dirigido á los señores de la Harpe, Guinguené y de Sales á quienes había conocido antes de emigrar. Hé aquí lo que sobre el particular me escribió un sobrino del poeta Lemierre:

Paris 15 de julio de 1797.

«Con arreglo á vuestras instrucciones he hecho entregar por Mr. Say, director de la *Década filosófica y literaria*, á Mr. Guinguené, propietario también del mismo periódico la carta y el ejemplar que me remitisteis para él..... He ido á ver á Mr. de la Harpe: me ha recibido perfectamente, conmoviéndose mucho con la lectura de vuestra carta, y prometiéndome anunciar la obra con todo el interés y atención que en su concepto merece el autor; mas habiéndole pedido que me diera una carta para vos me contestó que por razones particulares se hallaba decidido á no escribir á países extranjeros.

«Mr. de Sales ha quedado sumamente satisfecho de vuestra obra, y me encargó os felicitará en su nombre. En el *Republicano francés* se ha hecho también un completo elogio de vuestra obra. Muchas personas inteligentes han dicho que podría considerarse

«como un suplemento muy bueno del *Anacarsis*, y por lo tanto dejando á un lado algunos críticos que censuran alguna que otra cita tal vez superflua, y una ó dos comparaciones que en su concepto son violentas vuestro *Ensayo* ha conseguido el mas brillante resultado.»

A pesar de ese brillante resultado con que halagaban mi vanidad de actor, lo cierto que si el *Ensayo* fue conocido por algunos momentos en Francia, no tardó tampoco mucho en caer en el olvido.

La muerte de mi madre fijó mis opiniones religiosas. Entonces fue cuando en expiación del *Ensayo* empecé á escribir el *Genio del Cristianismo*. Habiendo vuelto á Francia en 1800 publiqué esa última obra y puse en su prefacio la confesion siguiente: «No siempre han sido mis sentimientos religiosos lo que son en la actualidad. No pudiendo menos de convenir en la necesidad de una religión y admirando el cristianismo, hubo sin embargo un tiempo en que no supe darme razón de muchas de sus aplicaciones. Mal avenido con los abusos de algunas instituciones y con los vicios de ciertos hombres, hubo un tiempo en que caí en el lazo de los sofismas y prorrumpí en declamaciones. Fácil sería achacar esa falta á la inexperiencia de la juventud, al delirio de la época, ó á las sociedades que en aquella época yo frecuentaba, pero prefiero atraer la responsabilidad unicamente sobre mi cabeza, y no tratar de disculpar lo que en realidad no es disculpable. Me limitaré pues á la simple exposición de los medios de que se ha valido la Providencia para encarrilarme en la senda de mis deberes.»

«Mi madre, despues de haber sido arrojada á los setenta y dos años de edad en los calabozos, y de haber tenido que presenciar la muerte de algunos de sus hijos, pasó á mejor vida sobre el desnudo tablado de la cárcel á donde su mala estrella la había conducido. «Acerba fue la amargura que el recuerdo de mis extravíos derramó sobre sus últimos momentos. Al exhalar su postrer suspiro encomendó á una de mis hermanas la piadosa tarea de atraerme á la religión en que me había educado. No dejó mi hermana de cumplir fielmente con el encargo; pero ¡ah! la muerte no le dió tiempo mas que para principiar, pues cuando llegó á mis manos la carta en que me daba cuenta de nuestra comun pérdida, ella también había sucumbido á consecuencias del mal trato sufrido en la prision. Pero esos dos ecos de la tumba, esa muerte que servía de intérprete á la muerte, no pudieron menos de conmovier mi corazón: volví al seno del cristianismo. Cierta es que mi extraviada razón, cedió vencida por el irresistible esplendor de luces sobrenaturales; pero he llorado y he creído; mi nuevo convencimiento procede del corazón.»

No se crea que esto es una anécdota inventada para que no se me tilde de inconsecuencia, cuando el *Ensayo* llegue á manos del público. Aun conservo la carta de mi hermana.

La señora de Jarcey, despues de haberse dado á conocer en París por su talento en la poesía, renunció á las Musas, y se convirtió en una verdadera santa, pudiendo hasta decirse que las austeridades de su vida penitente la condujeron al sepulcro. Estoy autorizado para hablar de este modo habiendo el venerable abate Carron escrito y publicado la vida de mi hermana. Lo que esta me decía en la carta que he citado en el prefacio del *Genio del Cristianismo* es lo siguiente.

San Servando, 1 julio 1798,

«Amigo mio: acabamos de perder la mejor de las madres: á pesar mio me veo en la necesidad de te-

«nerte que dar cuenta de ese golpe funesto (siguen algunos detalles de familia).... si tú no fueras objeto de nuestra ternura, nosotras habríamos dejado de vivir. Si supieras qué de lágrimas han costado tus errores á nuestra respetable madre. Que deplorable parece tu conducta á cualquiera que profese, no diré los principios de piedad, sino hasta los de la simple razón. ¡Si tú llegarás á comprenderlo, cuánto contribuiría tal vez á abrirte los ojos, y á que renunciaras á seguir escribiendo! Si el cielo movido por nuestras súplicas permitiera que pudiéramos reunirnos, en medio de tu familia hallarías toda la ventura que en este mundo es dado gozar. A su vez también nos la daría tu presencia, pues no hay dicha para nosotras en tanto que no te veamos, y deje de congojarnos la incertidumbre en que estamos por lo relativo á tu suerte.»

Esa es la carta que resucitó mis creencias por medio de la piedad filial.

Todo marchó prósperamente por espacio de algunos años; mi segunda obra excedió el límite de mis esperanzas. Como nunca he hablado sino con arreglo á mis convicciones, y he procurado no salir de los límites de la sincera verdad, creía hallarme ya seguro mediante las confesiones que inserté en el prólogo del *Genio del Cristianismo*, mayormente al ver que tanto yo, como el público habíamos echado en olvido el *Ensayo*.

Mas hé aquí que Bonaparte se indispone con la Corte de Roma, y se retrae del aparente afecto que había mostrado á las ideas religiosas: el *Genio del Cristianismo* había conseguido demasiada celebridad para que Bonaparte no se diera por resentido de ella. Ocurrió el asunto del Instituto: encendióse una contienda literaria, y no faltó quien desenterrara el *Ensayo*. Grande fue la satisfacción de la policía al tener noticia de semejante hallazgo y como todavía en aquella época no había llegado al grado de perfección que ahora tiene, y como entonces todavía no se preciaba de hacer estúpido alarde de una especie de imparcialidad, permitió que algunos literatos tomaran mi defensa. Sin embargo no quiso, como no tardaré en decirlo, que mi defensa se cambiara en triunfo, lo cual nada tiene de extraño por parte de la policía.

No diré el nombre del primer adversario que me arrojó el guante, porque cuando en tiempo de la Restauración, desenterraron por segunda vez el *Ensayo*, me dió lealmente noticia de los libelos que se iban á publicar, á fin de que pudiera tomar providencias para impedirlo. No lo hice porque nada tenía que ocultar y porque mi amor á la libertad de imprenta llegaba al extremo de complacerme hasta en lo que se le antojara decir contra mí.

Un jóven llamado *Damaso de Raymon*, que de allí á poco fue muerto en un desafío, se presentó como campeón mio en tiempo del Imperio, y la censura no se opuso á la publicación de su escrito; mas el gobierno no fue tan condescendiente conmigo, cuando por contestación á los extractos del *Ensayo* le pedí me permitiera publicar toda la obra,

Hé aquí mi carta al general, baron de Pommereul, consejero de Estado, y director general de imprenta y librería.

«Señor Barón:

«Se ha dado permiso para publicar fragmentos de una obra de que soy autor. Por consiguiente creo que no habrá reparo en dejarme publicar toda la obra.

«En vista de esto, Señor Barón, os ruego se me conceda la autorización competente para entregar á la prensa en el establecimiento de Mr. Normant, mi obra intitulada: *Ensayo histórico político y moral sobre las revoluciones antiguas y modernas, consideradas en sus relaciones con la revolución*

»francesa. No alteraré ni una sola palabra de su texto, y al frente de la obra pondré el prólogo del Genio del Cristianismo.»

Tengo el honor de ser etc.

Paris 17 noviembre de 1812.

Al día siguiente Mr. de Pommeureul me contestó con la carta que pongo á continuación. En aquel tiempo de usurpacion se preciaban de tener atenciones hasta con las personas que estaban en desgracia, hasta con un emigrado. Mr. de Pommeureul no me concedió el permiso que yo le habia pedido; pero compárese el tono de esa carta (toda de su letra) con las que en la actualidad salen del bufete de un director general, ó de un ministro.

Paris 18 noviembre de 1812.

AL CABALLERO DE CHATEAUBRIAND.

«El martes próximo presentaré vuestra carta al ministerio del Interior; pero no os debo ocultar que vuestra obra escrita en 1797 es poco á propósito para la época actual, y que si fuese ahora cuando por primera vez debiese salir al público, dudo que pudiera verificarlo con permiso de la autoridad. No falta quien os ataca por esa produccion; mas nosotros no nos parecemos á los periodistas que admiten el ataque y rechazan la defensa, y por lo tanto vuestra obra no encontrará ningun obstáculo en la direccion de la librería. Quedo en daros noticia de lo que el ministro resuelva por lo tocante á la reimpression de vuestra obra.

»Dignaos aceptar, caballero, etc.

»FIRMADO, BARON DE POMMEUREUL.»

El 24 de noviembre recibí del mismo Mr. de Pommeureul esta otra carta.

«He presentado al ministro del Interior la carta que me hicisteis el honor de dirigir en 17 del presente, y la contestacion que acerca de ella os di. Su Excelencia ha tenido por conveniente resolver que no habiendo sido publicada en Francia la obra, cuya reimpression solicitais, debe quedar sujeta á las formalidades prescritas por los decretos imperiales. Por lo tanto debeis presentar en nombre vuestro ó en el del impresor una declaracion á la direccion general de imprenta manifestando querer imprimir la obra, depositando al mismo tiempo la edicion cuya reimpression deseais hacer, á fin de que pueda pasar á la censura.

»Dignaos, etc.

»FIRMADO, BARON DE POMMEUREUL.»

Segun acaba de verse, Mr. de Pommeureul echó de ver en su primera carta que mi obra escrita en 1797 era muy poco á propósito para la actualidad (la época del Imperio), y que si debiera publicarse por primera

vez ahora (en tiempo de Bonaparte), dudaba que pudiera serlo con permiso de la autoridad. ¡Qué justificacion del Ensayo!

En su segunda comunicacion el señor director de la imprenta me manda someterme á la censura, si es que deseo reimprimir mi obra. Claro está que la censura no hubiera dejado pasar todo lo que yo decia en elogio de Luis XVI, de los Borbones, de la antigua monarquía, ni todas mis reclamaciones en favor de la libertad: claro está tambien que el Ensayo, despojado de todo lo que podia servir de contrapeso á sus errores, habria quedado reducido poco mas ó menos á un extracto semejante al que motivaba mis quejas. Forzoso me fue, pues, renunciar á reimprimirlo, en vista de no haberlo podido hacer sin entregarlo á las mutilaciones de la censura.

Sobre todo el gobierno imperial andaba muy acertado en decir que el Ensayo no era un libro, que ni bajo el concepto de las libertades públicas, ni bajo el de la monarquía legítima pudiera publicarse en tiempos de usurpacion y despotismo. La policia afectaba imparcialidad dejando decir algo en obsequio mio; pero en su interior se reia al no dejarme consumir la única medida que en realidad habria podido defenderme.

Finalmente el rey legítimo fue devuelto á su pueblo: por de pronto pareció que yo gozaba el favor con que tan infundadamente se cree deben remunerarse servicios que muchas veces no merecen la pena de que se piense en ellos; mas no cabia duda de que siendo yo el que proclamé la legitimidad, contribuyendo á dar direccion á la opinion pública, habia de haber chocado con pasiones, dañado intereses, y por consiguiente adquirido enemistades. A fin de privarme de la influencia que temieron pudiera yo ejercer en un gobierno religioso, tuvieron por conveniente reproducir la antigua cuestion del Ensayo. Anunciaron estrepitosamente una obra á lo Chateaubriand, un folleto sobre el Sacerdocio, etc. Todo ello no era mas que compilaciones del Ensayo (a). Habia en esa nueva persecucion algo que no era tan generoso como en la primera: ya no podia dudar al ver el denuedo con que mis generosos críticos se desencadenaban contra mí, que habia yo caido estando el rey legítimo sentado en el trono, en tanta desgracia, como cuando lo ocupaba el usurpador. ¿Por qué razon no me atacarian cuando yo estaba en el ministerio? Brava ocasion de haber patentizado su espíritu de independencia.

La única contestacion que tan amables personas me han merecido es la siguiente nota puesta en el prefacio de mis *Misceláneas políticas*.

«Si nunca he variado en mis principios políticos no siempre he abrazado el cristianismo en el conjunto de sus aplicaciones de un modo tan completo como lo hago en la actualidad. En mi primera juventud, ven aquella época en que la generacion se alimentaba con la lectura de Voltaire y de J. J. Rousseau, yo tambien me creí con algunos ribetes de filósofo y escribí un mal libro. Nadie lo ha condenado con mas dureza que yo en el prólogo del *Genio del Cristianismo*, y es extraño que me acriminen el haber sido filósofo á los veinte años y cristiano á los cuarenta. ¿Se ha reprimido en ningun tiempo á nadie por haberse convertido? El escritor verdaderamente culpable es el que principia bien y acaba mal, no el que

(a) Ni sé los nombres, ni el número de todos esos folletos; ni lei ninguno de ellos, no siendo que por casualidad los viera en los periódicos; pero sé que se publicaron: uno titulado *Espíritu, máximas y principios de M. Chateaubriand*. Otro con el título de *Itinerario de Pantin al monte Calvario*, otro *el Caballero de la Casa-oscura* y los *Perseguidores*, etc. etc.

»principia mal y acaba bien. De todos modos no se pierda de vista, que si me fuera posible destruir hasta la memoria del *Ensayo histórico*, lo haria, porque en lo tocante á la religion tiene algunas páginas que pueden lastimar varios puntos de la disciplina; mas no siéndome dado destruir esa obra, y viendo que por otra parte extraen algo del veneno que en ella se encierra, sin hacer caso de los muchos reactivos que abundan tambien en dicho libro y considerando que lo estan dando á la prensa en fragmentos, creo que será oportuno manifestar á mis enemigos que me hallo decidido á reimprimirlo por completo, sin alterar una sola palabra, y poniendo únicamente algunas notas.

»Anuncio á los que se habian propuesto transformar el Ensayo histórico en un libro espantoso, que no quedaran muy satisfechos de mi publicacion, y que redundará enteramente en mi favor (no doy verdadera importancia, sino á mi carácter), y que solo mi amor propio tendrá tal vez ocasion de resentirse. »Literariamente hablando el libro es detestable, y completamente ridículo; es un caos donde se encuentran reunidos los Jacobinos y los Espartanos; la Marsellesa y los Cantos de Tirteo; un viaje á las Azores y el Periplo de Hannon; el elogio de Jesucristo y la critica de los frailes, los versos dorados de Pítagoras y las fábulas de Mr. de Nivernois, Luis XVI, Agis, Carlos I, Paseos solitarios, Vistas de la Naturaleza, la Desgracia, la Melancolía, el Suicidio, Fragmentos de Política, un pequeño principio de Atala, Robespierre, la Convencion, y Cuestiones sobre Zenon, Epicuro y Aristóteles; todo en estilo hinchado (a), lleno de faltas de lenguaje, de idiotismos extranjeros y de barbarismos. Mas en cambio de todo eso encontrará tambien el lector un joven exaltado mas bien que abatido por la desgracia, y cuyo corazón está enteramente consagrado á su rey, al honor y á la patria.»

Esa solemne promesa es la que voy á cumplir en la actualidad.

Tal es la historia completa de esa obra, de su origen, de la posicion que yo ocupaba al escribirla, y de las travesuras que contra mí pusieron en juego. Ahora conviene examinar la obra en sí misma y las criticas de mis Aristarcos.

¿Qué es lo que yo pretendí demostrar en el Ensayo? Que nada hay nuevo bajo el sol y que en las revoluciones antiguas y modernas se encuentran los principales rasgos y personajes de la revolucion francesa.

Fácil es comprender á cuántas comparaciones violentas, ridículas, extrañas ha debido dar lugar la exageracion de semejante proyecto.

Di principio al Ensayo, y lo publiqué en 1797. Muchas veces ocurrió que por la noche borraba el cuadro que habia bosquejado durante el día. Los acontecimientos corrian mas rápidamente que mi pluma y á lo mejor ocurría una revolucion que destruía la exactitud de mis anteriores comparaciones. Podia decirse que hallándome situado en un barco intentaba copiar durante una tempestad las escarpadas orillas que cuando menos lo pensaba desaparecian de mi vista y al parecer se hundian en el abismo. Joven y desgraciado, aun no habia tenido tiempo ni oportunidad de fijar mis opiniones, nada podia aun establecer sólidamente por lo relativo á la literatura, á la filosofía, á la moral ni á la religion. Solo estaba completamente decidido en materias políticas: ese es el único punto sobre el cual nunca he variado.

(a) Séame licito ser tan justo para conmigo mismo, como lo soy para con el público: esta critica del estilo del Ensayo, es exagerada. Es un juicio que formulé *ab irato* sobre la produccion sin haberla vuelto á leer. No tardará el lector en ver que he modificado esa opinion, emitiéndola en mi concepto con mas imparcialidad.

La educacion cristiana que me dieron habia fijado profundas raices en mi corazón; mas mi cabeza estaba trastornada por los libros que habia leído, y las sociedades que habia frecuentado. Yo me parecia exactamente á los hombres de aquella época: era hijo de mi siglo.

Si en la edad madura he dado pruebas de tener una imaginacion viva, júzguese lo que esta sería en mi primera juventud, cuando semi-salvaje, sin patria, sin hogar, sin fortuna ni amigos, no conocia la sociedad, sino por los males que me habia causado.

Antes de imprimir los fragmentos del Ensayo divulgaron misteriosamente toda la obra, propalando extraños rumores acerca de ella. ¿Por qué se tomaron ese trabajo? Lejos de pensar yo sepultarla en la oscuridad se la prestaba á cualquiera que solicitaba leerla. Y á pesar de eso no falta quien dice que yo andaba comprando los ejemplares de la obra sin reparar en el precio (b). ¿De dónde me habrian venido los tesoros que para obrar de ese modo habria necesitado? Por otra parte es cosa clara que habiendo tratado de reimprimir el Ensayo en tiempo de Bonaparte, no debia ser mi intencion el tenerlo muy oculto.

De todos modos las oficiosas manos que pusieron en circulacion el Ensayo histórico, perdieron su trabajo; porque al fin se conoció que producian un efecto contrario al que se habian prometido. Fue, pues, preciso recurrir al partido menos leal; pero mas seguro, de publicar la obra por fragmentos, es decir, ocultando el bien, y poniendo de manifiesto el mal.

Resolvieron principiar el ataque por el lado de la religion, oponiendo algunas páginas del Ensayo á otras del *Genio del Cristianismo*; pero una cosa desbarataba sus planes, y era el prólogo de esta última obra. ¿Qué cargos podian hacerse á un hombre que tan francamente se habia condenado á sí mismo?

No pudiendo, pues, salvar esa barrera, se les ocurrió el pensamiento de destruir el efecto de mis confesiones por medio de una calumnia; esparcieron el rumor de que mi madre habia muerto antes de la publicacion del *Genio del Cristianismo* y de ese modo trataron de probar que el prólogo de aquella obra estaba basado en una mentira.

¿Eran amigos ó parientes míos los que decian tales cosas? ¿Habian vivido conmigo en Londres, leído mis cartas, ó penetrado mis secretos? ¿Podian dar testimonio del instante en que mis ojos se habian inundado de llanto? Si eran extraños á todos los actos de mi vida; si ni siquiera habian tenido noticia de mi existencia hasta el día en que el público se la reveló; si estaban en Francia cuando yo me estaba consumiendo en el destierro, ¿cómo se atrevian á establecer tan infame acusacion sobre un suceso que no podian ni saber ni probar? ¡Ah! ¡Lejos de mí la idea de creer que los que se empeñaban en fijar la época de mis desgracias tuviesen motivos particulares de conocerla!

He citado ya el texto de la carta de mi hermana, cuya fecha era 1.º de julio de 1798. Hé aquí otro documento, cuya autenticidad nadie puede negar.

«Extracto del libro de defunciones de la ciudad de Saint-Servand, primer distrito del departamento de Ille-et-Vilaine, por lo tocante al año VI de la república, fol. 35, v.º. que literalmente dice:

»Ante mi Jacobo Bourdasse, oficial municipal de Saint-Servand, electo oficial público en 4 floreal último, comparecieron en 12 prairial del año VI de la república francesa, Juan Barlé y José Boulin, jornaleros, mayores de edad y vecinos de esta municipalidad, declarando que Apolina, Juana, Susana de

(b) Cierta dia vinieron á proponerme que comprara un ejemplar del Ensayo que se vendia por 1200 rs. Yo contesté que tenia dos que los daría por 20.